

LA VIDA GALANTE

Revista semanal ilustrada

Director: EDUARDO ZAMACOIS

Administrador: RAMÓN S. LÓPEZ

ESPAÑA EN PARÍS

La Guerrero es la gentil española que ocupa este invierno en *Folies Bergères* el puesto que la Bella Otero ha dejado vacante. Ella es quien ahora se lleva los aplausos del público cosmopolita que diariamente invade los salones del magnífico teatro de la *Rue Richer*; la que inflama los corazones de la juventud barbilinda y exprime la bolsa de los viejos calaveras abonados a los palcos proscenios. Las multitudes son tan ingratas, que muy pocos (los empobrecidos y los burlados solamente), se acuerdan ya de su predecesora, la Bella Otero; y es que ésta, con sus treinta años bien corridos y su larga historia amorosa, es un astro que se pone, un ídolo cuyo prestigio declina, una reina de la belleza que abdica y que parece haberse retirado a esconder en Rusia sus primeras arrugas, los primeros desmayos de su cuerpo, sus primeras canas.... Mientras que la Guerrero nace ahora: es un sol que empieza a lucir, un amanecer primaveral que llega radiante, cargado de colores, de perfumes, de promesas.... Y es el ídolo de los públicos, porque la humana lujuria es bestia insaciable que siempre está pidiendo:—¡Más, más!.... Más presas nuevas, más carne joven....

La Guerrero tiene el tipo característico de las hijas del Mediodía. El pelo negro y fuerte, los ojos expresivos, el rostro ovalado, la boca grande, con dientes blanquíssimos y labios gruesos y encendidos que piden mordiscos; y el tinte mate y cálido de las mujeres nerviosas.

Generalmente sale a escena vestida con el clásico atavío de las manolas ricas pintadas por Goya y Ortega: mantón de Manila, falda corta de seda azul ó encarnada con madroños negros, medias de la misma clase y zapatos blancos con tacones de oro. Aparece sonriendo, irresistible, envuelta en el nimbo luminoso de los focos eléctricos, alegre y triunfante como una bandera que se despliega.

Después canta un tango, una malagueña, cualquier cosa, porque sus labios reideros saben decirlo todo bien y salpimentar de gracia la tonadilla más insignificante; y después empieza a bailar, levantando los brazos y repicoteando los palillos en un estremecimiento nervioso de todo su cuerpo que se mueve incansable, arqueando las caderas, marcando el compás sobre el suelo con vigorosos taconazos, echando la cabeza hacia atrás y quebrando el ritmo de la música con gritos guturales extraños, de hembra violada ó de alegría salvaje....

La Guerrero, apesar de su juventud, también ha vivido mucho. De ellas se refieren pintorescos episodios y enredos amorosos con linajudos personajes. La Guerrero ha estado en París, en Berlín, en Londres; y ha paseado sus noches de amor por toda Europa, abandonándose en el discreto retiro de los *Wagons-Lits* de los expresos....

Pero de esto no hay que hablar, porque como dijo muy bien Lord Byron: «belleza, talento y virtud son carga excesiva para una sola mujer».



LA GUERRERO. (De *Folies Bergères*.)



Con grandísima satisfacción hemos visto que varios apreciables colegas de Barcelona y de Madrid se han ocupado de nosotros. Unos, limitándose á responder cortesmente al saludo que dirigimos á la prensa en el número anterior; otros, dedicándonos frases encomiásticas que no olvidamos y que agradecemos en lo mucho que valen; algunos nos han mirado con recelo mal disimulado, creyendo que venimos á engrosar las filas de la extrema izquierda y tremolando una bandera revolucionaria....

No, LA VIDA GALANTE no quiere nada de esto.

Cansada nuestra generación de luchas políticas y de contiendas filosóficas, desengañada de un pasado tormentoso y estéril que nada ha producido, sin fe en el porvenir y rendida de perseguir ideales inasequibles, se encuentra al término de su laboriosa jornada, sin brújula ni freno que la guíe. Los ideales religiosos se esfuman y palidecen empuñados por el hábito excéptico del siglo, la ciencia, en lo que á los áridos problemas de la moral se refiere, ha hecho bancarrota también, y los filósofos, desorientados, buscan inútilmente un sistema nuevo que explique esos eternos misterios que abruman á la humanidad pensadora y que llegan hasta nosotros continuamente, pertinaces, irresolubles, como vagidos fascinadores de lo infinito.... Consecuencia de todo este malestar que desquicia la moderna vida intelectual, son las flamantes escuelas literarias y pictóricas de los decadentistas franceses. Y es que nuestros artistas no tienen fe en nada, han perdido hasta la noción exacta de la belleza, y sin fe no hay arte, porque la fe es el único sentimiento bastante intenso para arrancar de los cerebros predestinados, el chispazo creador del genio.

¡No hay fe!....

Esta desconsoladora negativa nos ha sumergido en una inacción embrutecedora y estéril muy semejante al fatalismo de los mahometanos: las sociedades europeas, acobardadas, se han cruzado de brazos ante el fúnebre túmulo de sus creencias destrozadas, y ahora solo sienten el hastío de vivir el *tedium vitae*, después de haber peleado tanto. ¿Para qué luchar, si el desencanto y la muerte son el término irrevocable de tantos afanes?

Respondiendo á este desaliento general, se ha levantado en Rusia la voz poderosa del Conde León Tolstoy, que, desesperado de no hallar una solución satisfactoria á los terribles conflictos sociales que ahora se debaten y que amenazan salpicar á Europa de sangre, proclama al amor como fuente única de todos los males.

El misoginismo del talentoso autor de *La sonata de Kreutzer*, no reconoce límites. Según él, ya que es imposible labrar la felicidad de todos los hombres, puesto que siempre habrá ricos y pobres, opresores y oprimidos, risas y lágrimas, ¿para qué engendrar mischijos?

¿Para qué, si al engendrarles prolongamos con su vida el trágico poema del dolor universal?.... Es preciso morir, añade Tolstoy; la vida es desigualdad, es inquietud, es pesadumbre; en el sueño sin pesadillas de la muerte está el cordial de nuestros dolores, y el sufrimiento solo desaparecerá de la tierra con el postrer suspiro del último superviviente.

¡Es preciso morir!

El grito macabro del Conde ha resonado como un grito de libertad, y toda Europa, inconscientemente, se prepara á morir, para emanciparse. ¡El suicidio colectivo, el suicidio lento y brutal de millones de seres desesperados que renuncian á amarse y que esperan ansiosos el momento de la muerte para reposar eternamente del ímprobo suplicio de haber nacido!.... ¿Hay nada más triste, más absurdo?....

Y, sin embargo, en París, en Londres, y en otros varios grandes centros de civilización, muchos decadentes exaltados propalan las misoginas teorías de Tolstoy y huyen de las mujeres cual si fueren seres infaustos que llevasen en sus entrañas los males que encerró Pandora en su caja fatal....

Esta reacción misogina es la que venimos á combatir, y en nombre de la belleza menospreciada y de la mujer, que es la belleza misma, venimos á luchar: queremos reivindicar sus derechos hollados, recordar que ella es matriz inagotable de todo bien, de todo consuelo y de todo deleite, poderoso resorte propulsor del humano progreso, y suprema inspiradora de las bellas artes. Queremos demostrar que, así como sin fe religiosa Rafael no hubiera podido pintar sus lienzos inmortales, ni Bossuet escribir sus oraciones fúnebres, ni Eslava sus admirables cánticos litúrgicos, así tampoco, sin fe en la mujer, esto es, sin conocerla, sin amarla, y sin sentir todo el abrumador poderío de su carne, es imposible emular á los artistas del mundo pagano, ni parangonarse con Tiziano, Rubens, Rembrandt y otros magos de la paleta que pusieron toda su alma y toda la fuerza sensitiva de sus nervios en sus desnudos. ¿Qué sería de la pintura y de la estatuaría si la mujer desapareciese? ¿Qué rumbos seguiría la literatura que hasta hoy ha encontrado en ella campo ubérrimo y vastísimo para sus creaciones? ¿En dónde se inspirarían los músicos, qué pasiones, qué sentimientos alegres ó tristes expresarían en las notas de sus pentagramas, si las mujeres dejasen de reír y de llorar?....

No, la teoría de León Tolstoy es una utopía de neurótico.

¿Para qué pensar en la muerte?

Pensemos en la vida, en el placer de vivir bajo la risueña bóveda del cielo azul, en que no hay mal que dure, ni dificultad que no se orille, ni peligro que, después de vencido, no nos parezca pequeño; y que la mujer es algo divino y milagroso colocado, como dijo Calderón hablando de la Cruz:

«entre las iras del cielo
y los delitos del mundo»....

No despreciamos la vida sin conocerla, que el placer, como el vino, no agrada ni emborracha hasta después de gustado; y puesto que la copa del deleite está en nuestras manos, desoigamos las enfáticas declamaciones de los que aseguran que el veneno del hastío está en el fondo del ánfora cubierta de flores y apuremos el vaso, brindando á la felicidad de haber nacido.

Juan de MAÑARA

EN EL INTERIN

En el convento del Carmen que había en no se qué pueblo, gozaban todas las monjas del estado más perfecto y de la mejor salud que se gozó en aquel tiempo.

Rodeado el edificio de ameno y alegre huerto, envidiado por lo alegre y ensalzado por lo ameno, recostado al pie de un monte, que lo amparaba del viento, próximo á una pobre aldea se alzaba el gótico templo.

No se guardaba memoria desde el más remoto tiempo, de que la comunidad, no gozara, con exceso, de buena salud, y es fama, que las monjas no tuvieron ni un mal bochorno en verano, ni un mal catarro en invierno.

Una noche en que las madres, después de acabar sus rezos, cansadas se dirigían al duro y angosto lecho, llegó la madre priora poniendo el grito en el cielo demudada la color, y á grandes voces diciendo:
—¡Pronto! ¡pronto!... Vengan todas! ¡que se muere Sor Remedios! ¡Qué de voces, qué de gritos, qué de lloros y lamentos! ¡Qué de sustos y carreras! ¡Qué escándalo en el convento!...

Corriendo á todo correr escapó el demandadero, y volvió con gran presteza

acompañado del médico.

Tomó éste el pulso á la enferma, la miró la lengua luego, y pluma y papel tomando dijo:—«Cuando traigan esto, que la den dos cucharadas de jarabe. De alimento tome una taza de caldo con una yema de huevo. Una píldora á las doce, y si repite el acceso, dénde una untura en el interin, pues la calmará el unguento.»

Se calmó la monja un rato, pero á los pocos momentos dijo, dando grandes voces:

—Madre priora, ¡me muero!...

Ni el jarabe, ni las píldoras, ni el poquito de alimento. la sirvieron para nada, y las monjas, viendo aquello, apelaron á la untura:

—¿Y en dónde se la daremos?—

dijo la madre priora.

—¡Dios ponga en mis manos tiento!

—En el interin, ha dicho, antes de marcharse, el médico.

Y las monjas preguntaban:

—¿Hacia qué lado del cuerpo caerá el interin? ¡Dios mío!...

Y empezaron los lamentos, los gritos, las confusiones, las lágrimas y los rezos, y á poco la monja muere si no llega á tiempo el médico, pues ninguna de las madres llegó á enterarse de cierto el sitio en donde tenía el interin, Sor Remedios.



Manuel PASEO.

Maternidad

LUISA, veintidós años.—ISABEL, treinta.

Luisa.—¿De compras?

Isabel.—Sí. El pan nuestro de cada día: el pan que traen los hijos debajo del brazo, según dicen.... Un vestido para el ama. A ver, ¿qué te parece? Mira....

L.—Muy bueno, ya lo creo.... Es un merino riquísimo.... doble de ancho.... ¿La vistes de pasiega?

I.—Sí, entró con esa condición. Es vizcaína, pero como el traje de pasiega es más caro.... Hay que agradecer que no sea moda vestirlas de sultanas.... Pues lo de menos es la tela, luego eche usted botones y collares.... ¡Y comer!

L.—Sí, no me digas. Yo lo veo en casa de mi hermana. Por eso yo haré todo lo posible por criar á mi hijo, y mi pena mayor sería no poder criar.

I.—Sí, es una pena.... Yo crié al primero y empecé á criar al segundo....

L.—Y de seguro has sentido no criar á éste....

I.—Sí, lo he sentido; pero sintiéndolo y todo, te aconsejo que no críes.

L.—¡No me lo digas! Soy fuerte, no creo que me perjudique.

I.—La salud es lo de menos. Nunca me he encontrado mejor que cuando criaba.

L.—¿Entonces? ¿Qué es mucha sujeción, que por fuerza ha de privarse una de teatros, de diversiones? ¡Si vieras qué poco me importa!

I.—Lo supongo.... Pero tampoco es eso.

L.—Expílicate.

I.—Mira: cuando yo criaba á mis hijos y con una niñerita modesta que los llevaba en brazos, salía con ellos á paseo, al pasar entre dos filas de nodrizas, insultantes de lujo, recargadas con galones de oro y cadenas de plata; al considerarme objeto de sus burlas groseras, despique del despecho, porque yo era para



ellas una emancipada de su tiranía insufrible.... ¡si vieras qué orgullosa me sentía! ¡Única madre en aquella huelga de madres! No comprendía cómo por comodidad ó por lujo, hubiera mujeres que se resistieran á cumplir deber tan bien recompensado con solo cumplirlo.... Ahora lo comprendo.... Yo cumplía con los deberes de la maternidad, pero.... huelga de madres ó huelga de esposas, he aquí el problema. ¿Has comprendido?

L.—Comprendo que si tú cumplías con tu deber, alguien faltaba al suyo.... ¡Pero es infame!....

L.—Eso dije yo, infame, porque entonces nos han engañado.... ¡La santa maternidad! Y mientras tú aceptas sus deberes como un sacerdocio, tu marido....

L.—¡Ay! En ese sacerdocio tu marido no puede decir misa, ni siquiera ayudar á ella.

L.—Pero á lo menos podía oírla con respeto. ¿Qué dirían los hombres si en una enfermedad, en una ausencia suya, siguiéramos su ejemplo?

L.—A ellos todo les disculpa.

L.—Tienes razón, todo.... Yo quise separarme de él para siempre, y todo el mundo se burló de mí. ¡Separarme por una pequeñez!.... ¡Por lo más natural del mundo!.... ¡Por un pecadillo que todos los maridos cometen y todas las mujeres toleran!.... Mi familia estaba escandalizada: mi madre misma; el antiguo médico de casa se hartó de llamarme ignorante, porque no me conformaba con lo que, según él, era ley de la Naturaleza.... ¿Qué más? El confesor sólo pudo decirme: ¿Qué quieres, hija mía? Si tu esposo viniera por aquí, yo le diría más de cuatro cosas; á tí, solo debo decirte que perdones.... ¡Ah! Nos engañan miserablemente.... Antes de casarnos debían enseñarnos esas leyes naturales de que hablaba el doctor, y al casarnos, debían leer dos epístolas diferentes: una para los hombres, otra para nosotras, ya que no reza la misma con ellos que con nosotras....

L.—¡Vaya, cálmate! Ya sabes á qué atenerte.... y yo también.

L.—Ya lo sabes. No críes á tus hijos. Una ama no puede robarte su cariño; cualquier mujer puede robarte el cariño de tu esposo. Que no quede por tí.... Los hombres lo quieren. ¡Huelga de madres!

Jacinto BENAVENTE

Odio mortal

—No seas testaruda, Julia, y satisface mi curiosidad sin ambages ni pleguerías retóricas importunas. ¿Por qué las cartas que me escribes las secas con ceniza y no con arenilla azul ó roja, que es el color emblemático de las pasiones ardientes?....

Ella se encogió de hombros.

—Es un capricho.

—Capricho del cual quiero que te corrijas,—repuso Daniel Montoro entre serrote y risueño,—porque yo hago con tus cartas lo que Werther con las de Carlota, besarlas.... y me hace poquísima gracia llenarme los labios de ceniza. ¿Por qué ensucias con esa basura los pliegues de tus billetes perfumados?....

Hubo un momento de silencio; Julia, apoltronada en su butaca, le miraba sin responder.

—No sé cómo explicar ese humorismo de tu temperamento artístico,—añadió él;—unas veces creo que con esa ceniza quieres expresar el fuego devorador de tu cariño, que todo lo calcina; y otras, que te mofas de los juramentos que me escribes, expolvoreando ceniza sobre ellos, como significándome, con ese recato de las

mujeres ladinas, que tu pasión es antojo vano, fingimiento, humo y cenizas....

—Te engañas; ese capricho mío no obedece á los enrevesados intrínsecos psicológicos que supones; es.... una venganza.... ¿Tú has odiado alguna vez?....

—Nunca,—contestó Daniel Montoro admirado;—imagino que es mucho más fácil amar, que odiar....

—Tan difícil y tan exquisitamente agradable es lo uno como lo otro. Amar es vivir en el ser amado, discurrendo con su cerebro, sintiendo con su carne; en él hallamos lo mejor; las zarzas nos parecen flores, fausto la miseria y en medio de los mayores rigores de la suerte, nuestra alma encuentra paz y quietud dulcísimas.... ¡Pero odiar!.... Es no poder soportar la presencia ni el recuerdo torcedor del ser odiado que nos roba el aire que respiramos y emponzoña el agua que bebemos.... ¡Créeme; hay venganzas crueles que regocijan hasta los tuétanos, como si fuesen un deleite!....

Movida por la exaltación de su discurso se había incorporado mirando á su amante con sus ojos grandes y negros de mujer apasionada; luego añadió, un poco más serena:

—No te quejes de esas cenizas con que seco mis cartas, porque envuelven un amuleto misterioso que asegura la firmeza de mi amor hacia tí....

—No te comprendo, habla....

—¿Y si después de saber este secreto trágico de mi vida, no me quisieras?.... Me has sorprendido en uno de esos instantes de femenil debilidad en que no puedo rehusarte nada. Pero temo hablar y que me desprecies; los que odian como yo se exponen á ser odiados de igual manera.... Mi secreto es algo satánico, inaudito, casi repugnante.... Daniel, amado de mi alma, no me arranques esta confesión sin antes jurarme que me quieres mucho, que me querrás siempre....

Estaban sentados junto á la ventana; ella en una butaca de elevado respaldar; él á sus pies, sobre una sillita baja, medio arrodillado, acariciándola las manos, mirándola á los ojos, en la actitud apasionada y respetuosa del amante que formula su declaración.

Era una tarde lluviosa de invierno; por el cielo gris pasaban grandes masas de nubes exprimiendo una llovizna compacta y menudita que caía sin ruido; los faroles de la calle, agitados por el viento, lanzaban haces de luz rojiza que penetraban por la ventana tiñendo los objetos de la habitación con reflejos sanguinolentos. Era un gabinete espacioso y bien alfombrado; las puertas estaban cubiertas por opulentos cortinajes de terciopelo negro. Sobre el fondo oscuro de las paredes se veían rielar los cristales de algunos armarios y perfiles marmóreos de estatuas que se bocetaban tímidamente en la penumbra como espíritus livianos de personas muertas; en el testero del fondo brillaba el marco dorado de un cuadro enorme, en medio del cual se insinuaban algunos puntos claros que debían de ser los semblantes de las figuras; el resto del lienzo desaparecía anegado en ese fondo tenebroso peculiar de los cuadros antiguos. Las luces de la calle proyectaban nimbos inseguros que correteaban por el techo y luego se quebraban en las paredes hasta anonadarse en los ángulos más oscuros; el marco lapidario de la chimenea también se bosquejaba en la sombra con ese color blancuzco de los sepulcros nuevos; los clavos dorados de la sillería salpicaban la obscuridad de puntos metalescentes; sobre la mesa colocada en medio de la habitación había un magnífico estuche de oro cincelado, tan terso y pulido, que parecía brillar con luz propia.

Los cuerpos de Julia y de Daniel Montoro, coloca-

dos delante de la luz, se recortaban sobre el techo con perfiles monstruosos deformados según las leyes de la óptica; cabezas puntiagudas, narices gigantescas, brazos largos terminados en manos que huían moviendo los dedos cual si fuesen arañas enormes.... Y en medio de aquella habitación silenciosa y anegada en tinieblas, el soberbio estuche de oro cincelado brillaba con esos reflejos leonados del sol poniente

—Las cenizas con que seco mis cartas,—dijo Julia,—las tengo encerradas ahí, en ese estuche de oro....

Una ráfaga misteriosa de viento penetró en el gabinete lanzando un quejido agónico semejante al aleteo de un pájaro nocturno. Julia continuó:

—Voy á confesártelo todo concisamente y de plano, porque estos secretos tan íntimos se dicen pronto ó no se dicen nunca. Ya sabes que me casé á los veinte años y que á los veintisiete enviudé, pero ignoras lo que aquel hombre funesto fué para mí. Eso no lo sabe nadie, porque la sociedad condena á la mujer á honrar el apellido del esposo que la vejó y afrentó, como se le exige al condenado á muerte que bese la mano del verdugo que va á ejecutarle....

Su voz temblaba sacudida por la emoción y por su semblante pálido de hembra nerviosa, rodaron dos lágrimas.

—¡Oh, Daniel,—añadió,—he sufrido tanto... tanto!... Yo, cuando le conocí, era una niña sin mancha, con el corazón abierto á todos los seductores mirajes de la pasión.... El ajó mi juventud, desvaneció mis ensueños de opio y secó los fecundos raudales afectivos de mi alma, con sus intransigencias y sus celos de macho brutal; yo servía de recreo á sus caprichos, siempre me tenía encerrada, creyendo que iba á traicionarle; me hacía jurar todas las noches que le amaba, que no le engañaría nunca, y como mi carácter altanero se rebelaba contra semejantes complacencias, el miserable me maltrataba.... Creo que me quería, pero á su modo, con una pasión rabiosa de fiera que me hizo sufrir infinitamente. El ruido de sus pasos me daba frío de cuartana; en cuanto llegaba me cogía por una muñeca para interrogarme:—¿Quién ha venido? ¿Por qué estás tan peinada?... Miraba debajo de las camas, detrás de las puertas, me olfateaba los labios creyendo que olían á tabaco, me examinaba los dedos para ver si los tenía manchados de tinta.... Como recuerdo haberte referido en otras ocasiones, él padecía ataques epilépticos que le dejaban exánime durante dos y tres días.... El temor de ser enterrado vivo le obligó á recomendarme que después de muerto le icinerasen, y yo satisface su deseo....

Daniel Montoro se estremeció violentamente; acababa de comprender.

—Luego esas cenizas....—murmuró.

—Sí, acertaste, son las tuyas.... están encerradas en ese estuche de oro....

Hubo un momento de silencio; la cabeza de la joven se dibujaba en el techo de la habitación con un perfil quimérico, y otra vez susurró por la estancia el quejido del viento, ténue como el aleteo de un pájaro herido.

—Por eso le odio tanto,—añadió ella incorporándose,—y me vengo del muerto ya que mi débil constitución de mujer me impidió vengarme del vivo. Yo le odiaba con una intensidad sin límites; no sólo detesté aquellas manos y aquellos labios groseros que me insultaron, sino que cifré en cada uno de los miembros de su cuerpo un odio particular; odié sus ojos, su frente.... ¡odié sus cabellos uno por uno!.... Artemisa amó tanto á Mausoleo que se bebió sus cenizas; yo, en

cambio, me complazco en que las cenizas de aquella vil armazón de materia sirvan para secar las cartas que te escribo, y en que tú las insultes también, llevándotelas á los labios....

Luego prosiguió:

—Es una venganza cruelísima, superior á cuantas ejecutan los ángeles precitos en los círculos del infier-



no dantesco. Si es cierto que tras esta vida efímera hay otra y que los muertos tienen la capacidad de espiar á los vivos.... la venganza que ahora tomo de él, es digna secuela del martirio que de él recibí.... Gozo pensando en que su alma vaga en torno mío, y en que se asoma por encima de mi hombro para leer las cartas que te escribo.... Sí, odié todo su cuerpo, miembro por miembro, átomo por átomo, y ahora el polvo de sus huesos calcinados lo empleo en secar las cartas que te escribo citándote, llamándote: «luz de mis ojos».... «sangre de mi sangre»....

Daniel Montoro se puso de pie, horrorizado; ella también se levantó y sus dos cuerpos abrazados se recortaron sobre el fondo iluminado de la ventana.

—No me odies por eso,—murmuró Julia muy quedo y envolviendo á su amante en una mirada de inextinguible pasión;—la mujer que odia como yo, también sabe amar infinitamente....

Eduardo ZAMACOIS.

RÁPIDA

EL RELOJ

Los chinos conocen la hora en las pupilas de los gatos.

Cierto día un misionero, paseándose por los alrededores de Nankin, se apercibió de que había olvidado su reloj, y le preguntó á un muchacho qué hora era.

El granujilla del Celeste Imperio dudó algunos momentos; luego, repeniéndose, contestó:—Voy á decírselo.—Poco después reapareció trayendo entre sus brazos un hermoso gato, y así que le hubo examinado, como vulgarmente se dice, el blanco de los ojos, exclamó sin vacilar: «Falta muy poco para las doce».... Lo cual era cierto.

En cuanto á mí, si me acerco á la hermosa Felina, honra de su sexo, orgullo de mi corazón y perfume de mi espíritu, sea de noche ó de día, en plena luz ó en la sombra opaca, siempre veo en el fondo de sus ojos adorables la misma hora; una hora grande, solemne, inmensa como el espacio, sin divisiones de minutos ni de segundos....; una hora inmóvil, que ningún reloj puede marcar, y ligera, no obstante, como un suspiro, y rápida como un pestañeo....

Y si algún importuno viniese á molestarme mientras mis miradas se recrean en ese delicioso cuadrante, si algún genio intolerante y maligno, ó cualquier demonio enemigo del tiempo me dijese:—¿Qué escudriñas ahí con tanto cuidado? ¿Qué buscas en los ojos de ese sér? ¿Ves, acaso, la hora, mortal pródigo y embustero?... Yo respondería sin vacilar:—¡Sí, veo la hora: es la Eternidad!....

CARLOS BAUDELAIRE

La pereza

PEREZA: «Descuido y negligencia en las cosas á que estamos obligados. Flojedad ó indiferencia en hacer alguna cosa....» Así define el Diccionario de la Lengua ese exquisito estado psicológico en que permanecemos, brazo sobre brazo, gozando del soberano placer de no hacer nada.

La pereza, también fué una divinidad alegórica, hija del Sueño y de la Noche, transformada en galápago por malas artes de Júpiter. Se la representa de diversos modos: unas veces por un caracol, animal de movimientos muy tardos; otras, por una joven sentada con aire melancólico, la cabeza caída sobre el pecho y las manos cruzadas; ó bajo el tipo de una mujer despeinada, echada en el suelo, junto á un reloj de arena vuelto, para expresar el tiempo perdido.

* *

La pereza, sin embargo, no se reduce á la inacción física: hay algo más exquisito, más refinado y supereminente que el reposo del cuerpo, y es el del espíritu; esa íntima deleitosa laxitud del cerebro que no discurre, que no quiere nada y se abandona muellemente al paradisiaco deleite de lo inconsciente.

La pereza es un refinamiento oriental que solo han disfrutado cumplidamente los fumadores de opio y de haschisch, y los fakires indios que, so capa de misticismo, se entregan durante semanas enteras á la contemplación del Nirvana.... ¡Vivir sin pensar, sin desear nada, es hurtar unas gotas de felicidad perdurable y anticipar los placeres de la existencia bienaventurada!

A nosotros, como descendientes que somos del Profeta, también se nos alcanza mucho de esa divina inacción, y casi siempre, como dijo Campoamor, en nuestra alma,

«...entre española y mahometana,
puede más la pereza que la gana....»

¡Querer una cosa y renunciar á ella por pereza! ¡Tener el pensamiento perdido en consideraciones indecisas que no exijan del cerebro el esfuerzo torturador de la atención! ¡Sacrificar á la pereza las necias cábalas que compone la inquieta ambición, los anhelos desmedidos, los odios, las pasiones trágicas que llevan daga y calzan coturno; todo, en fin, lo que conturba y acibara el plácido curso de las horas!.... ¿Hay nada más dulce?

La pereza es la bienhechora verdugo que aprisiona entre sus impalpables ligaduras todo lo molesto. Por eso la muerte es un bien, porque nos apareja el rincón en que hemos de descansar eternamente.

Quien no haya leído *La Jerusalem Libertada*, no conoce todo el avasallador poderío de la pereza.

Reinaldo ha ido á la conquista de Jerusalem y durante su viaje conoce á la incomparable Armida, que le rinde con su hermosura y le conduce á los encantados parques de su palacio. Al principio, el genio batallador de Reinaldo protesta y le incita á volver á los campos de batalla, pero Armida le esclaviza lentamente y el amor le empereza los brazos, le quita los agudos acicates, le descina la espada, y el caballero, tendido en el suelo, bajo la sombra de los árboles y sobre un tálamo de flores, respira gcozo, libre de la mo-

lesta opresión de la cota de malla.... La brillante armadura y el casco enmohecen, colgados de una rama, el pesado lanzón yace entre la hierba. ¿Para qué luchar, si entre los brazos de la divina Armida disfruta del supremo bien, de la suprema gloria?....

* *

La mujer es perezosa por temperamento, porque está formada para el amor y el amor es hermano inseparable del reposo; y tan cierto es esto, que ya es axiomático entre los que se dedican al estudio de la psicología pasional, que la soledad y la quietud son las cir-



cunstancias que más eficazmente contribuyen á la germinación, desarrollo y entronizamiento de cual-

quier cariño.

Las mujeres de estas latitudes en donde tanto calienta el sol, son eminentemente perezosas, y á fuer de tales son también muy caseras. La calle las horripila, sus piernas gruesas, pero débiles, se fatigan pronto de andar, sus pies pequeñines y delicados, no pueden soportar largo tiempo la pesantez del cuerpo ni las angosturas del calzado, y adoran el momento de regresar á su hogar, para tenderse sobre una anacintera, con la cabeza apoyada indolentemente sobre la pared, quitarse los zapatitos y libertar el talle de la inquisitorial opresión del corsé. En aquellos momentos de somno-

lencia las imágenes se esfuman y palidecen en su memoria, y al evocar las impresiones pasadas el mundo desfila cautelosamente ante sus ojos medio cerrados, como un rosario de sombras....

El aliado más poderoso de la pereza es el lecho, que ofrece al cuerpo cansado blando y amoroso regazo; y



sobre todo la almohada, ese cabezal santo sobre el cual desenvuelve el cerebro la inacabable devanadera de sus soliloquios.

La luz y el rudo ajeteo de la existencia diaria imposibilitan ó dificultan la reflexión, mientras el misterioso retiro de los dormitorios y la sedita blandura de la almohada invitan á meditar: una meditación dulce, suave, sin urgencias torturadoras....

En ese retiro y sobre ese cabezal santo compuso Newton las fórmulas que le llevaron al descubrimiento de su binomio, y dispuso Napoleón los planes de las batallas que le erigieron en dictador del mundo; y allí se idearon también los mejores libros y las más supereminentes joyas del arte: todo lo sólido, todo lo bueno que, como los hijos, ha de vivir más que nosotros.

En una misma almohada suelen coexistir los pensamientos de amantes separados por las brutales exigencias del buen tono, y yacer, en cambio, otras aisladas por la antipatía, ese poderoso sentimiento que separa con abismos infranqueables á muchas cabezas que duermen juntas....

Sobre la almohada se apuran los delirios del amor y las terroríficas obsesiones del remordimiento; sobre ella sueña la virgen en su prometido, en las golosas sensaciones de su boda, en aquellos días que su ardorosa imaginación recama de exquisitos pla-

ceres, con caricias y delirios sin cuento, bordados por esos deseos vehementes de las mujeres jóvenes que nunca han pecado: á ella, sincera amiga que no ha de venderla, se abraza movida por los febriles ardores de sus voluptuosos en sueños, besándola inconscientemente y oprimiéndola sobre su seno palpitante; y también la sirve para esconder sus billetitos amorosos y el pañuelo con que enjuga las lágrimas que el placer de las dulces citas ó el dolor de las celosas contiendas exprime de sus ojos. Es, en fin, el altar en que reza, en que cree y es feliz.... por eso, porque sueña.

Y sobre la almohada reposa también la cortesana que vuelve de la orgía ahíta de placeres, y se arroja sobre el lecho desnuda, jadeante, con los labios escandecidos por los besos y el vino, y los ojos cargados

de sueño, y se queda dormida, con las caderas arqueadas en virtud de un deseo indefinible que aún parece cosquillear á lo largo de su espalda, y la boca entreabierta, como esperando un soplo salutífero que refresque sus entrañas abrasadas....

La pereza es uno de los rasgos distintivos de los temperamentos aristocráticos. Únicamente los plebeyos que vinieron al mundo para afanar el mísero garbando luchando cuerpo á cuerpo por la existencia, sienten la comezón de vivir en incesante actividad.

La pereza es noble: la sienten los ahitos, los que amaron mucho....

Y quien no haya pasado una tarde de estío tendido sobre la hierba, al pie de un árbol y mirando en lontananza los anchos campos de trigo abrasados por el sol; quien no conozca los encantos que tienen las ve-



ladas de invierno pasadas junto al fuego, oyendo el ruido de la lluvia que porracea los cristales; quien no haya gustado esa divina laxitud que sigue á los goces del deseo satisfecho.... Ese desgraciado, no conoce lo más hermoso de la vida.

Cuentos ajenos

LAS IRREPROCHABLES

(DIÁLOGOS INOCENTES)

Lisa de Belvéize. — ¡Cómo, es posible, tú lo crees!... Dime acerca de esto cuanto sepas. Habla....

Marta de Lignolles. — ¿De qué, querida? ¿Lo que creo de qué?

L. — De....

M. — ¿De?....

L. — De las mujeres....

M. — De las mujeres....

L. — Del mundo, del verdadero mundo; de las esposas honradas; de las mujeres, en fin, como nosotras....

M. — ¿Y qué?

L. — ¿Tienen amantes?

M. — ¡Sí!

L. — ¡No!

M. — ¡Te aseguro que sí!

L. — Amantes con los cuales....

M. — Seguramente.

L. — ¿En la cama?

M. — Casi siempre.

L. — ¿En camisa?

M. — No siempre.

L. — ¿En fin, completamente?

M. — ¡Más!

L. — ¿Cómo con sus maridos?

M. — ¡Mejor!

L. — ¿Qué abominación!

M. — ¿A quién se lo dices?

L. — ¡Pero esos son horrores increíbles!

M. — Increíbles.

L. — ¡Mira!.... Si yo supiese que una de mis amigas estaba en ese caso....

M. — ¿Qué?

L. — Aunque diese las mejores comidas de París, y recibiese á grandes duques y á embajadores, y admitiese en su palco reservado para todos los estrenos de Sara Bernhardt....

M. — En fin, la mejor de las amigas.

L. — Renunciaría á su trato.

M. — Y harías muy bien, querida.

L. — ¡Oh, no es que yo sea gazmoña!

M. — No, no; tú no eres gazmoña. Yo tampoco lo soy.

L. — Tú tampoco. Es cierto que en la vida mundana, á trueque de pasar por una provinciana ó por una salvaje....

M. — Que es lo mismo....

L. — Está una obligada á tener con los hombres ciertas condescendencias....

M. — ¿Quién se atrevería á sostener lo contrario?

L. — Pero todo tiene sus límites.

M. — ¡Pues bueno fuera que no los hubiese!

L. — Así, por ejemplo, durante el vals, una puede dejarse estrechar la cintura algo más de lo indispensable.

M. — Sí se puede.

L. — En las comidas, aunque estemos muy descotadas, no hay inconveniente en parecerlo mucho más, inclinándose, inclinándose siempre, como si comiésemos ansiosamente los melocotones que están en el plato.

M. — ¡Y qué raros se ponen entonces nuestros vecinos!

L. — ¡Qué ojos, qué colores!

M. — Nadie sabe si son ellos los que buscan los albérrigos en su plato....

L. — O en nuestro escote. Y todavía hay algo más extraño.

M. — ¿Qué?.... ¿Cuándo?

L. — Si no se trata de melocotones, sino de plátanos. ¿Has reparado la cara que tienen cuando nosotras quitamos, con nuestros dedos desnudos, la cáscara verde....

M. — ¡Lisa!

L. — Y colocamos entre los dientes....

M. — ¡Lisa!

L. — El plátano.

M. — ¡Oh, Lisa!.... ¡Concluye, Lisa!

L. — Y también comprendo que en el tocador inmediato al salón en donde se baila, abandone una la mano entre las manos que luego no quieren soltarnos, ó que aceptemos con un estremecimiento que no da ninguna esperanza, un aliento muy cerca de los labios, ó un leve rozamiento de bigotes entre los ricillos locos de la nuca.

M. — Yo también lo comprendo.

L. — Porque hay heteras y actrices desvergonzadas que se prestan á todo lo que quieren los hombres.

M. — ¡Mujeres repugnantes!

L. — Que no son feas.

M. — ¡Embadurnadas!

L. — Tanto como nosotras. En fin, en los tiempos actuales, no tendríamos ningún amigo si no nos resignásemos á ciertas complacencias.

M. — ¡Es cierto!

L. — Complacencias que no tienen nada de reprehensibles.

M. — Nada.

L. — Porque eso no es más que coqueteo.



M.—Coqueteo. Justamente. Tú lo has dicho. Coqueteo.

L.—Nada más. Y el coqueteo puede extremarse todo lo posible....

M.—Y más aún.

L.—Sin dejar de ser una mujer honrada.

M.—¡Puesto que es coqueteo!

L.—Por eso, yo....

M.—¿Tú?

L.—Tú conoces al señor de Marciac?

M.—Mucho, sí, sí....

L.—Estudia la fotografía en un hotel, calle Weber.

M.—Bueno.

L.—Pues bien, querida, yo he *puesto* en su casa, yo.

M.—¡Es posible!

L.—Como te lo digo.

M.—¿Desnu....?

L.—¡Hasta la cintura!

M.—¡Oh!

L.—¡Diantre! El muy imbécil se estaba arruinando por la gordinflona Constanca Chaput, de Novedades.

M.—Eres buena amiga.

L.—Lo he hecho para bien de su mujer, que es amiga mía.

M.—¡Está bien!

L.—Otra cosa. Ayer el señor de Valensole quería, absolutamente, llevarme á cenar al colmado....

M.—¿En el comedor general?

L.—En gabinete reservado.

M.—¡Hola! Te negaste....

L.—¿Por qué?... Estoy segura de mí, y sabía que en el colmado no estaba más expuesta que en mi salón.

M.—¡Tienes confianza en tí! De todos modos, en gabinete reservado....

L.—¡Caramba! cuando digo, gabinete.... Había en el fondo, detrás de unos cortinajes medio corridos, (cortinajes japoneses riquísimos, bonitos, deslumbradores).... una blancura vaga, indecisa, como un misterio de nieve....

M.—¿Cómo, cómo, querida?

L.—No puedes imaginarte; pero sí, lo imaginas, cuán extraños son todos esos rinconcitos.... Continuamente resuenan en el corredor ruidos, risas, carcajadas de mujer y unas palabras.... unas palabras.... Y algunas veces los individuos se equivocan de puerta. Ayer, precisamente, á las cuatro de la mañana....

M.—¡A las cuatro de la mañana!

L.—No puedo precisarlo.... A las tres y media.... Alguien entró, equivocado.... Pero no vió nada, porque estábamos detrás de la cortina y yo tuve tiempo de esconder la cabeza debajo....

M.—¡Tendrías un miedo!

L.—Pero eso, bien considerado, no es malo, ¡puesto que es coqueteo!

M.—Seguramente, puesto que es.... Sin embargo, los límites de que antes hablabas....

L.—¡Oh.... hay límites, aún para los límites!

M.—Tienes razón. También el vizconde de Argelés ha querido llevarme muchas veces á cenar al colmado. Le he dicho que nó.

L.—¡Bah!

M.—Pero ha venido á pasar un mes en el castillo de mi marido. En el campo, qué bien. El campo es sencillo, es honrado. Nos íbamos á pasear juntos y solitos en cuanto los cazadores se marchaban. Hay, á la conclusión de un larguísimo y estrecho sendero, un escondrijo abierto en la espesura y entre crecidos herbales, algo así como una gruta de verdura en la que no penetra el sol. Allí las horas eran tan dulces que

nos parecían minutos, y una noche no nos hubiéramos acordado de volver al castillo á cenar, si una zagala que pasó por allí cerca no se hubiese acercado diciendo: —Tenga usted, señora, su enagua, que el viento ha arrastrado hasta la carretera.

L.—¡Tu enagua!

M.—Sí, el vizconde no había tenido la prudencia de poner una piedra sobre mi ropa. Pero nada de eso es malo....

L.—¡Puesto que es coqueteo!.... Lo extraordinario, es que mujeres del mundo, honradas, casadas...

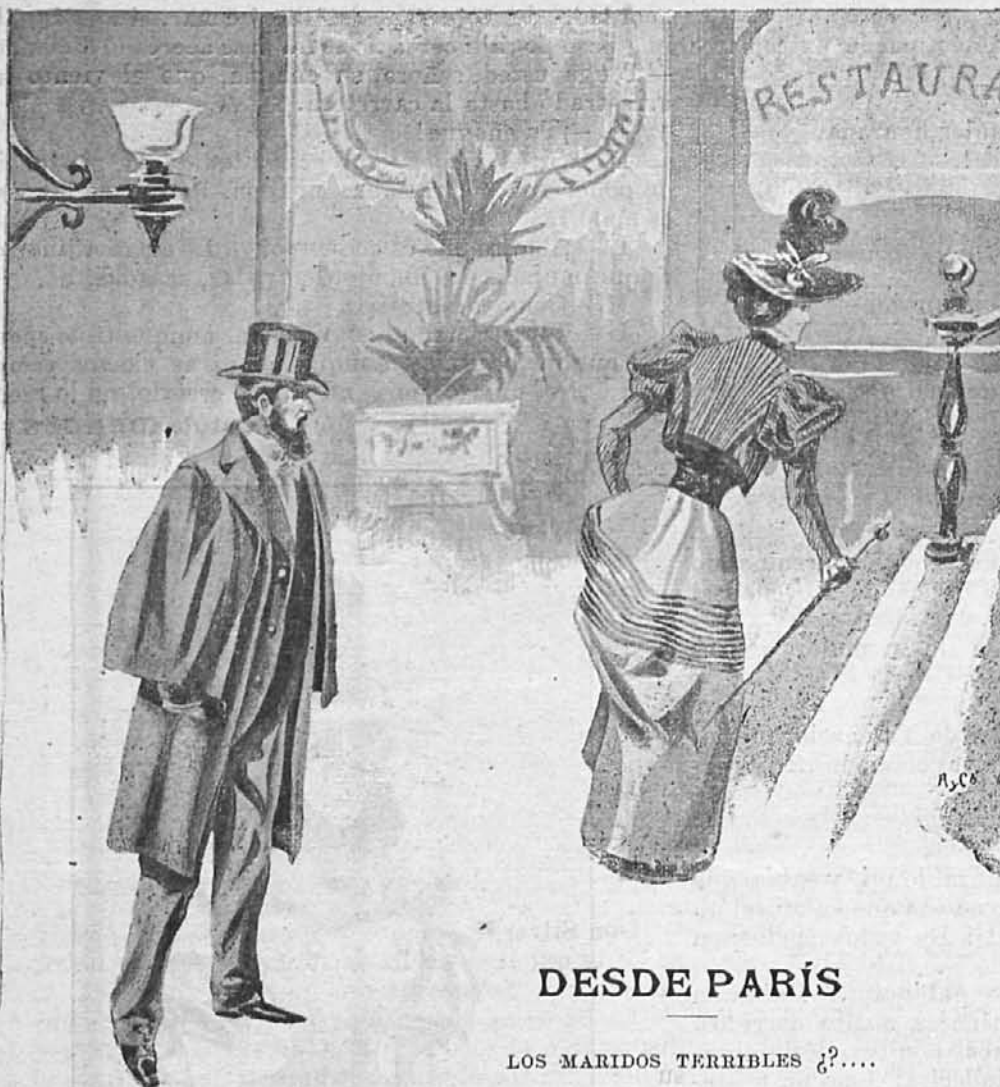
M.—Como nosotras....

L.—Tengan amantes. Y, mira, aunque tú lo pienes, aunque lo digas, aunque conozcas ciertos secretos.... ¡No, querida mía, no quiero creerlo, no lo creo!

Catulo MENDES



Tengo una pena muy grande,
un dolor y un sentimiento;
que siempre te estoy buscando....
¡y que no tienes dinero!



DESDE PARÍS

LOS MARIDOS TERRIBLES ¿?...

Nada puede contrarrestar la despreocupación y buen humor de los conquistadores de oficio: ni la huelga, ni los amagos del anarquismo, ni la cuestión Dreyfus, el asunto eterno que ha hecho levantar á los señores periodistas montañas de papel y derramar torrentes de tinta.... Nada: los enamorados permanecen sordos y ciegos á toda impresión desagradable, y el mundo galante de París sigue riendo los enredijos y desavenencias de sus tipos más conocidos.

Y para que nadie dude de la sinceridad de mis asertos, ahí va un botón de muestra.

El protagonista del lance es un guapísimo mozo rubio, que hasta hace dos años vivió en Bruselas, ocupando un puesto distinguido en la corte del rey Leopoldo, y que después se trasladó á París en donde bien pronto conquistó simpatías y fama por el vigor con que condujo y dió feliz remate á sus numerosas conquistas. El tal es un tipo digno rival, por su apostura, del mismo Gothe: alto y recio de cuerpo, elegante en el vestir y muy desembarazado de ademanes; usa barba y bigote á la borgoñona, y el pelo á media melena y esmeradamente cuidado.

Pasea mucho por el Boulevard de los Italianos, y su punto de acecho lo tiene generalmente junto al *Café des Princes*, delante del Pasaje Jouffroy....

A ella, esto es, á la protagonista del lance, nadie la conoce: únicamente los que la vieron la noche de autos, dicen que es una mujercita morena y muy guapa, con estatura y redondeces incipientes de niña. Así es que puede asegurarse que se trata de una rica pre-

sa, de una mujer robada á un hogar honrado, de una burguesita....

Por todo esto, precisamente, nos abstenemos de escribir el nombre de los interesados, porque el Diabolo es espíritu maleante y enredador que no duerme.

Pues bien, hace dos noches, la enamorada pareja entró en un Hotel del barrio de la Opera, y el camarero que salió á recibirles les instaló en el cuarto número 16; una habitación deliciosa, decorada con muebles y ricos cortinajes color azul celeste, que en diferentes ocasiones ha prestado seguro albergue á otras muchas parejitas de amantes adúlteros.

Debemos advertir, que en París no hay casas dispuestas exclusivamente para servir de teatro á estas aventuras, que cualquier hotel de viajeros, aún los más céntricos y de mayor fuste, no se desdían de prestarse á semejantes menesteres....

«¡Oh, siglo del vapor y del buen tonol!...»

Y que todos los huéspedes acostumbren á dejar sus zapatos delante de la puerta, para que se los

limpie y embetune el muchacho que por las mañanas está encargado del barrido de los pasillos y escaleras.

Sucedio, pues, que los tórtelos, protagonistas del drama que vamos refiriendo, dejaron sus botas en el corredor y cerraron la puerta. Poco después llegó un hombre sombrío, grueso y de cierta edad, ó de la *Edad Media*, que diría Eduardo de Palacio, y se instaló en el cuarto número 17, que daba al mismo corredor.

Lo demás se adivina: mientras el arriscado aventurero belga pasaba una noche deliciosa en brazos de su gentil compañera, el caballero misterioso se acostaba solo y malhumorado, con su deshonor: era el marido....

Todos estos parecen los prolegómenos de una tragedia sangrienta. Pero la parte bufa de la ocurrencia empezó á la mañana siguiente, cuando los amantes abrieron la puerta de su cuarto para coger su calzado y marcharse, y se encontraron con que las botas de él y los elegantes zapatitos charolados de ella, habían desaparecido.

El esposo ultrajado, practicando el adagio de, «á quien madruga, Dios le ayuda», se levantó tempranito y salió á la calle en busca del juez que ha de entender en el asunto, llevándose los zapatos de los dos culpables, como objetos que favorecerán su demanda de divorcio.

En vista de que los zapatos no parecían, fué preci-



so llamar á un zapatero; mas como el dueño del hotel ha tenido que pagar los 38 francos, importe de los dos nuevos pares de botas, ha citado á juicio al marido, cuyo nombre pudo averiguar fácilmente revisando la lista de los comerciantes del barrio.

No puede imaginarse nada más original.... ni más ridículo, y si muchos periódicos parisinos no hubiesen confirmado la noticia, podría creerse que todo ello era mero ensueño y fantasía.

Los maridos de este «fin de siglo», son terribles, y á este paso, día llegará en que nadie comprenda los trágicos arrebatos del Moro de Venecia, y que la famosa comedia de Calderón, *El mayor monstruo los celos*, sea un documento precioso que utilizarán nuestros descendientes para demostrar la barbarie pasional de sus progenitores.

Ahora, los mayores delitos, se resuelven pacíficamente.

¡Conquistadores, ya lo sabéis!.... El doble placer de rendir á una mujer y de burlar á un marido, vale bien poco....

¡Un par de botas.... usadas!....

UN BOULEVARDIER

París, 6 Noviembre.

NO SÉ DECIRTE MÁS....

(SONETO)

Gloria tiene que haber mientras aspiras
al bien eterno que alcanzar esperas.
En el mundo habrá amor, mientras tú quieras,
y en el cielo habrá luz, mientras tú mires.
Las puras auras, mientras tú suspires,
besarán á las flores hechiceras;
y habrá virtud hasta que tú te mueras,
y habrá belleza mientras tú no expires.
Que por tí que eres causa del anhelo
que siente por gozar el alma mía,
tiene mi pecho amor, dicha y consuelo,
sombras la noche, claridad el día.
Y si no hubiera, por desgracia, un cielo,
cuando murieses tú, ¡se formaría!....

Felipe URIBARRI



El conde Casimiro N. que era un hombre de mundo y se encontraba solterón y ya entrado en años, poseedor de una inmensa fortuna y sin herederos, resolvió casarse con una joven pobre y honrada, y tuvo la suerte de encontrarla muy á su gusto y guapa por añadidura.

El día de tornaboda por la mañana, dijo el Conde á su joven consorte:

—Querida mía: tu buen criterio debe comprender que el descanso es muy necesario á mi edad. Este es tu dormitorio; el mío está abajo. Sólo te suplico que cada quince días me permitas olvidar esta separación, y venir á bromear un rato contigo.

La esposa aceptó y aquella noche, segunda del matrimonio, durmió sosegadamente. Durante la siguiente estuvo un poco agitada, á la otra durmió muy mal y á la tercera no pudo cerrar los ojos.

En fin, á la noche siguiente, el Conde sintió que llamaban tímidamente á la puerta de su dormitorio.

—¿Quién es?—preguntó.

—Yo,—respondió su mujer con acento cariñoso y humilde.

—¿Eres tú, esposa mía? ¿Ocurre algo?

Y después que hubo abierto la puerta, ella se arrojó en sus brazos murmurando:

—¡Oh, sí! Venía.... á que me adelantases una quincena.

Entre mi novia y su primo,
en premio á mi tierno amor,
por poco me dan un timo
de los de marca mayor.

La tal Mercedes no sabe
que yo la vi cierta vez
por el ojo de una llave
en toda su desnudez.

Y en broma con ella un día
callando esta travesura,
la dije que yo sabía
secretos de su hermosura.

Sus formas esculturales
pinté de pies á cabeza,
dando pelos y señales
de su escondida belleza.

Echóse á pensar Mercedes
cómo aquello averigüé;
y ya se harán cargo ustedes
del susto que me llevé,
cuando con acento airado
dijo, descubriendo el timo:
Todo eso.... ¡te lo ha contado
el demonio de mi primo!....

Don Silverio, hombre de extraordinaria severidad, advierte que la doncella de su mujer se encuentra en un estado.... interesantísimo.

Entonces se decide á despedirla, aún á trueque de disgustar á su esposa, y para no explicar el motivo de su determinación, toma por pretexto que la muchacha, siempre que sale á cualquier recado, tarda mucho en volver.

La señora de don Silverio, sorprendida de aquella resolución, exclama:

—¿Por qué has despedido á Luísa? Una chica tan limpia, tan hacendosa....

—¡Porque.... no para en casa!....

COLMOS.

El colmo de la usura:

—No prestar más que atención.... y eso con mucho interés.

El colmo de la volatería:

—El Ave María.

El colmo de la frugalidad:

—Desayunarse.... con un hermano de leche.

El colmo de la estatura:

—Cojer el cielo con las manos.

El colmo del pudor:

—No desnudarse delante de un queso de Gruyère ó de un puente.... porque tienen ojos.

El colmo de la sastrería:

—Echar embozos.... á las últimas capas sociales.

El colmo de la ingratitud:

—Mirarse al espejo.... ¡y no conocerse!

El colmo del amor conyugal:

—Querer á la mujer propia como si fuese agena.

El colmo del deber:

—No pagar ni las visitas.

Los que pecan....



Por amor, por snobismo, por misticismo.



Por deber profesional.



Por obediencia á los padres.



Por capricho, por higiene, por temperamento.

● LA VIDA GALANTE ● Revista semanal ilustrada

RAMBLA, KIOSCO NÚM. 1.—BARCELONA

Precios de suscripción

España y Portugal.—Seis meses.	4 pesetas.	Extranjero.	—Seis meses.	6 pesetas.
Id.	id.	Id.	—Un año.	11 id.
	—Un año.			
	7 id.			

LA VIDA GALANTE publicará 12 páginas de texto con fotografías relativos á los artículos, cuentos, poesías, actualidades, crónicas extranjeras, teatros, etc., etc.

Redactada por distinguidos literatos. Ilustrada por reputados artistas.

ADMINISTRADOR: RAMÓN S. LÓPEZ

Enviamos números de propaganda á los corresponsales que deseen dedicarse á la venta de LA VIDA GALANTE en las poblaciones en que ésta no se encuentre todavía establecida.

Precio para el público en toda España: Número corriente, 15 cént. Atrasado, 25 cént.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS

● PEDIR EL CATÁLOGO DE NUESTROS LIBROS FESTIVOS ●

***** © Biblioteca Nacional de España *****